

LAS BORDADORAS DE MANTONES DE MANILA DE SEVILLA

Trabajo y género en la producción doméstica



Encarnación Aguilar Criado

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

LAS BORDADORAS DE MANTONES DE MANILA DE SEVILLA

Trabajo y género en la producción doméstica

Encarnación Aguilar Criado



SEVILLA 2015

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)
Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)

Manuel Espejo y Lerdo de Tejada
Juan José Iglesias Rodríguez
Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros
Isabel López Calderón
Juan Montero Delgado
Lourdes Munduate Jaca
Jaime Navarro Casas
M^a del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Adoración Rueda Rueda
Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Edición digital de la segunda edición impresa de 1999

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2015
C/. Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <<http://www.editorial.us.es>>

© ENCARNACIÓN AGUILAR CRIADO 2015
Fotografías: Archivo Municipal de Sevilla y la propia autora
ISBN: 978-84-472-1624-6
Digitalización y realización interactiva:
Fernando Fernández. ed-Libros

*A las mujeres trabajadoras del Aljarafe sevillano:
maestras y bordadoras que crean el arte de los
mantones de Manila.*

A mi hermana Carmen, que trabaja también con su arte.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
I. OBJETIVOS, METODOLOGÍA Y TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN	17
II. PROCESOS DE TRABAJO Y GÉNERO	25
El trabajo de las mujeres: elementos teóricos	27
“Bordar es cosa de mujeres”	32
Bordar: una actividad entre la artesanía y la economía sumergida:	
1. Las artesanías rurales: entre la tradición y la modernidad	34
2. La economía sumergida. Una propuesta de análisis	40
Algunas características del trabajo femenino en el área rural andaluza...	45
III. LOS ORÍGENES DEL MANTÓN DE MANILA	49
La evolución de los diseños y la simbología de los motivos ornamentales	61
La determinación del gusto: los diseños y la simbología del mantón de Manila en Andalucía	84
IV. LA PRODUCCIÓN DE LOS MANTONES DE MANILA EN SEVILLA	91
El contexto socioeconómico	98
Elementos estructurales del proceso de producción	100
El proceso técnico de elaboración de los mantones:	
1. Los materiales	103
2. Las técnicas de trabajo:	
2.1. El diseño y el dibujo de los mantones	106
2.2. El bordado	107
2.3. El flecado	111
V. LAS BORDADORAS DE MANTONES DE MANILA EN SEVILLA	117
La actividad del bordado y el mercado de trabajo	119
La estructura y composición del grupo doméstico de las bordadoras	122
La adscripción social de los grupos domésticos	125

VI. DE LOS TALLERES AL TRABAJO A DOMICILIO	129
El taller como unidad de producción y aprendizaje	142
Mecanismos de control del trabajo y de la producción	147
La desaparición de los talleres	151
Las estrategias domésticas y las estrategias empresariales	154
Los cambios recientes: el mantón de Manila y la globalización económica	160
VII. BORDAR Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD	
FEMENINA	163
Bordar como ayuda familiar	166
Bordar como símbolo de identidad femenina	170
BIBLIOGRAFÍA	177
REFLEXIONES SOBRE UN TRABAJO DE CAMPO	
Santiago Amaya Corchuelo, Alejandra González Canosa y Anastasia Téllez Infantes	183

PRESENTACIÓN

Los datos que aquí se presentan son los resultados de una investigación realizada durante los cinco últimos años. Comenzó en 1992, gracias a una subvención concedida por el Instituto Andaluz de la Mujer que permitió iniciar su primera fase. Ésta se desarrolló por un equipo de trabajo compuesto de cuatro estudiantes de Antropología de la Universidad de Sevilla bajo mi dirección. Culminada esta etapa, el proceso de investigación se continuó ya en solitario, en períodos más o menos intermitentes, hasta finales de 1997.

El trabajo de campo en equipo fue determinante para el posterior desarrollo del estudio. Fue además interesante trabajar junto a un grupo que se iniciaba así en una de las técnicas más interesantes de la antropología. Es evidente que el esfuerzo por lograr una adecuada coordinación que encauzara la labor de conjunto hacia los objetivos previstos en la investigación resulta complejo, pero igualmente interesante conseguirlo. Para todos supuso una experiencia novedosa. Para mí, la de dirigir su entusiasmo de principiantes hacia los fines propuestos; para ellos, la de comprobar sobre el terreno sus potencialidades futuras como antropólogos. Indudablemente las desarrollaron a través de la experiencia que vivimos durante los siete meses de 1992. Sobre ellas han reflexionado en la parte final de este libro. Su buen hacer fue fundamental para darle forma al proyecto inicial, su capacidad para observar, para trabajar en equipo, para integrarse, en fin, en las comunidades sobre las que trabajamos, probó que ya eran en potencia los buenos antropólogos que son hoy. Su aportación a esta investigación tiene que ser reconocida en un lugar muy preferente, ahora cuando años después son publicados sus resultados, que, en parte, les pertenecen tanto como a mí. Mi agradecimiento primero tiene que ir necesariamente dirigido a Santiago Amaya Corchuelo, Alejandra González Canosa, Miguel Ángel Río Benito y Anastasia Téllez Infantes.

Un proceso de investigación como el que presentamos, que se ha sucedido en distintas fases durante estos últimos años, necesariamente ha ido implicando a un gran número de personas que de una u otra forma también lo han hecho posible. De justicia es reconocerlo en unos agradecimientos que, ya adelante, van a ser largos y menos académicos que personales.

Los datos que aquí se exponen no hubieran sido posibles sin la gratificante colaboración que brindaron los protagonistas de este libro, hombres y mujeres, habitan-

tes de los distintos pueblos de donde fueron recogidos. No resulta tópico afirmar que sin su importante colaboración este libro no podría haberse escrito. Su ayuda no ha significado sólo el hecho de transmitirnos toda la información que continuamente les requeríamos, sino sobre todo, la forma en la que ésta se ha concretado: abriéndonos sin demasiadas cortapisas muchas de las casas a donde llegábamos invariablemente con nuestras preguntas. Y así, en un ambiente de cordialidad en el que rápidamente se fueron superando las lógicas reticencias del principio, originadas por la repentina y permanente presencia de cinco personas, ajenas al discurrir cotidiano de cada una de las cuatro localidades en las que trabajamos, iniciamos un proceso de mutuos tanteos que culminó el día que, en Carrión de los Céspedes comenzaron a llamarnos: “*los niños de los mantones*”.

Fue ese día cuando definitivamente adquirimos un estatus y un papel determinado dentro de sus universos sociales, y como tales, fuimos clasificados desde la propia perspectiva nativa. A partir de entonces, la información comenzó a llegar a nosotros, sin mayores problemas que los de dirigir adecuadamente nuestras observaciones, en un continuo diálogo con las mujeres y los hombres de estos pueblos, que se mostraban, sobre todo, orgullosos de contarnos sus quehaceres cotidianos, que contestaban explícitamente y con la sabiduría de sus experiencias nuestros cuestionarios y entrevistas, obligándonos a corregir algunos de nuestros presupuestos y a replantearnos otras tantas de nuestras primeras hipótesis de trabajo, y que, más de una vez, nos saludaban en la calle con el pretexto de conocer exactamente cuándo íbamos a entrevistar a sus madres, hermanas o vecinas, que también eran bordadoras o maestras.

A todos ellos, pues, los vecinos de estos pueblos, y muy especialmente a todas las bordadoras y maestras de Carrión de los Céspedes, Villamanrique de la Condesa, Pilas e Hinojos, que facilitaron e hicieron posible este trabajo, tiene que ir necesariamente mi agradecimiento especial, en el que también incluyo a las flequeras de Cantillana. Justo es reconocer el destacado papel que en todo momento tuvieron algunas de estas personas. Unas, porque nos sirvieron de informantes eficaces a la hora de nuestra introducción en estos pueblos, como Diego García Rodríguez, “el Pelusa”, en Villamanrique de la Condesa, el cartero local que puso a nuestra disposición todos sus conocimientos sobre las bordadoras y sus direcciones en su pueblo; o Juanita, una experimentada maestra de Hinojos que nos presentó a cuantas trabajadoras quisimos entrevistar.

Pero hubo personas que, además de ayudarnos en nuestro estudio, fueron el refuerzo afectivo, siempre necesario en la dureza del transcurrir diario del trabajo de campo. Por eso, nuestro especial reconocimiento a Jerónima Fernández Daza, una entrañable bordadora de Carrión que se convirtió, además, en la madre solícita para cualquiera de nuestros problemas cotidianos. Su casa fue, y sigue siendo, el referente de nuestro trabajo.

Los datos que igualmente nos proporcionó Feliciano Foronda, el actual propietario de una de las más tradicionales firmas comerciales de mantones de Manila en Sevilla, fueron fundamentales para enriquecer nuestras observaciones. Le agradecemos su amabilidad por atendernos en su propio negocio, contestando y mostrándonos cuanto sabía sobre una profesión que heredó de su padre, desde que éste la iniciara en Sevilla.

Mi agradecimiento a las antropólogas Rosa Satué López y Montserrat Barragán Jané, y a mi compañera y amiga Rosalía Martínez García, profesora de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla por sus trabajos en la recogida de datos de Pilas.

Una vez concluida la primera fase de la investigación, la ayuda de determinados informantes fue esencial para perfilar y completar muchos de los fenómenos a analizar. Por su papel relevante en las últimas transformaciones que ha sufrido la producción de mantones de Manila, quiero destacar a dos maestras que viven en Sevilla, aunque siguen trabajando con las bordadoras de los pueblos del Aljarafe: Rosario Pérez Rivera, y Rosario Solís Muñoz. A ésta última, le debo los datos que me ayudaron a concretar los años de inicio de esta producción en Sevilla. Sus informaciones sobre las bordadoras de su pueblo, Villamanrique de la Condesa, me abrieron un camino definitivo en esta dirección. Su buen hacer, su sentido creativo y, sobre todo, la amabilidad que, desde entonces, ha mostrado conmigo son dignas de agradecer de forma significativa. Junto a ella, la de su marido, Manuel Carrasco Díaz, que me proporcionó sólo una pequeña parte de sus conocimientos sobre la historia de su pueblo, facilitándome la entrada a la hermandad del Rocío de la localidad para obtener, *in situ*, los documentos gráficos que apoyaban tales informaciones.

Durante la etapa de documentación, primero, la que tuvo lugar en la Universidad de Berkeley (California) al final de 1992, financiada con una beca de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía, la efectiva ayuda de Sara Miller, que me facilitó una amplia bibliografía histórica y antropológica sobre el género y la era de la proto-industrialización, fue igualmente importante. Su amistad dura desde entonces, y es la mejor traductora al inglés que yo podía encontrar. La presencia y el apoyo de Francisco Ferrándiz fueron igualmente gratificantes durante aquellos meses.

En este mismo sentido hay que destacar la documentación bibliográfica y la importante información que mi compañero de la Universidad de Sevilla, Pablo Emilio Pérez-Mallaina, especialista en la historia de la navegación colonial española, me transmitió durante una amigable, densa y apasionante charla en su despacho. A Lourdes Méndez, profesora de Antropología de la Universidad del País Vasco, le agradezco la interesante bibliografía que me proporcionó sobre el concepto de arte y su evolución, atendiendo mis continuos requerimientos con la eficacia que la caracteriza.

Otros dos compañeros de trabajo, Juan Agudo Torrico y Esther Fernández de Paz, leyeron una primera versión de este trabajo. Sus comentarios, críticas e indicaciones al

respecto son de agradecer porque han mejorado algunos de sus aspectos, al igual que su amistad de años de trabajo juntos. A Javier Ávila Bejarano “*el Bibliotecario de Antropología*”, le agradezco “*sus ratitos*” de aliento y sus risas, así como una profesionalidad que se traduce en su capacidad para encontrarte “*el libro que justamente necesitabas*”.

A los actuales componentes de mi grupo de investigación en el Departamento de Antropología Social de Sevilla, Isabel Durán, Rosa María Martínez y Luis Babiano, además de los ya mencionados, Santiago Amaya y Anastasia Téllez, les agradezco su apoyo durante estos años y su paciencia en las épocas difíciles.

A partir de aquí, comenzaron a actuar las personas de mi círculo más cercano, las que, precisamente, por esa posición han sufrido mis continuas cargas teóricas, *mis historias* al fin, sobre un tema que me ha tenido atrapada de forma intensa, sobre todo en los últimos meses de redacción definitiva. Quiero destacar primero el papel que han jugado mis tres amigas favoritas: Falia González, con una amistad antigua, que se remonta a la época de “*los juncos chinos*”. Es además mi correctora de pruebas preferida, y como siempre, su biblioteca me ha facilitado información histórica fundamental, y eso, a pesar de que no le gusta la Antropología. Tíscar Carriazo me ha animado constantemente, y ha seguido encantada el discurrir de una investigación que le proporcionaba datos que escuchaba entusiasmada, en realidad, porque debería haber estudiado Antropología, en vez de dedicarse al Derecho. Inmaculada Álvarez me escuchó hablar de las bordadoras, cuando era alumna mía, y a pesar de ello, decidió hacerse antropóloga.

A María Losada, profesora de Filología Inglesa de la Universidad de Huelva, le agradezco que revisara la versión final del texto y que, dando una muestra más de su amistad, paciencia y buen hacer, corrigiera mis deslices literarios.

A mi hermana, Carmen Aguilar, le agradezco que pusiera a mi disposición sus cualidades artísticas para pintar el mantón de Manila que aparece en este libro, usando como modelo el que mi madre le regalara, el mismo que a ésta le dio mi abuela.

Y en ese ir hacia lo más cercano, en un recorrido de progresiva implicación con mi trabajo, ocupan un lugar muy especial mi marido Javier y mis dos hijos, Lucía y Javi. Ellos son los que más directamente han sufrido la situación crítica que escribir un libro supone. Sinceramente, este proceso ha abierto un antes y un después en mi familia, que se concretaba en sus continuos deseos para que terminara de una vez. Así que, cuando ha llegado ese esperado momento, les agradezco desde estas páginas su paciencia, pero sobre todo su impaciencia durante estos últimos meses, como también durante mis prolongadas ausencias en el trabajo de campo y mis largas sesiones finales ante el ordenador. Sé que este libro no les compensa en nada todo ese tiempo perdido, pero este es un sentimiento con el que toda madre trabajadora termina por familiarizarse.

Sólo me consta que en Lucía he reafirmado su decisión anterior de no estudiar Antropología, y aún menos de trabajar en la Universidad; a Javi le robé horas de juego, aunque sospecho, que más con el ordenador que conmigo. Finalmente, Javier me ha aportado su sabiduría tecnológica: escaneando dibujos, diseñando gráficos y mapas, como sólo él sabe hacerlo. Gracias además por su apoyo en esta faceta profesional y en las otras tantas de mi vida.

Por último, me gustaría resaltar el apoyo que he tenido del Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla y del Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Extensión Cultural de la Universidad de Sevilla. Quiero agradecer la paciencia que el actual Delegado de Cultura del Ayuntamiento de esta ciudad ha tenido conmigo, primero proponiéndome publicar el libro, y luego sufriendo mis sucesivos retrasos en una fecha de entrega que posibilitaba su llegada al público en la primavera de 1998. Precisamente en las cercanías de este tiempo que la ciudad de Sevilla vive de forma tan especial, se terminó de escribir. Elaborado posiblemente con la mitad de paciencia y de destreza que las bordadoras ponen en su trabajo, pero en un lugar muy cercano a ellas, en un pueblo de la comarca sevillana del Aljarafe.

Encarnación Aguilar Criado.
Tomares, febrero 1998.

Encarnación Aguilar Criado es profesora del Departamento de Antropología Social de la Universidad de Sevilla, donde desarrolla su labor docente e investigadora desde 1987. Doctora en Antropología Social por la Universidad de Sevilla, ha completado su formación académica en la Universidad de Berkeley (California), U.S.A.

Su labor investigadora se centra en la religiosidad popular, historia de la Antropología, género, sociedades campesinas y artesanías, temas sobre los que ha publicado diversos libros y trabajos científicos en revistas españolas y extranjeras, así como dirigido distintos cursos y seminarios especializados.

En posesión de los premios de investigación Ciudad de Sevilla (1981), Archivo Hispalense (1988) y el Accésit del Memorial Blas Infante (1996), ha sido profesora invitada de las Universidades de Berkeley (California), Central de Venezuela en Caracas y Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá (Colombia).

Socia fundadora de la Asociación de Antropólogos Andaluces (ASANA), ha formado parte de su Junta Directiva desde 1993-96, primero como Presidenta y posteriormente como Secretaria. Durante 1996 fue miembro de la Comisión de Etnología de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

En la actualidad es directora del grupo de investigación *Patrimonio Etnológico, recursos socioeconómicos y simbolismo* del Plan Andaluz de Investigación de la Junta de Andalucía.